

europaea). Las 300 páginas del texto llevan dos series de notas: una sobre “fuentes” y otra con glosas léxicas. Pero lo más jugoso está en las 150 páginas de “Notas complementarias”, que encierran tesoros increíbles de noticias y de reflexiones. Me detengo en una de ellas porque me atañe. En 1961 incluí uno de los apotegmas de la *Floresta* en un estudio sobre equívocos a base de *huevos* (“Fortuna varia de un chiste gongorino”, *NRFH*, 15, 483-504), del cual me he sentido bastante ufano; pero la “nota complementaria” (pp. 390-391) que Cuartero y Chevalier dedican a ese apotegma me deja humillado (aunque nada ofendido): ellos han añadido mucho que yo no conocía, en particular las reapariciones del chiste de los huevos en comedias del siglo de oro, terreno no muy pisado por mí —y uno de los *muchos* que ellos sí pisan.

Me sería muy fácil hacer una reseña larga de este libro. Bastaría, para ello, ejemplificar y ponderar uno a uno sus numerosos méritos. Pero pienso que, esta vez, el mejor homenaje consiste en una reseña breve. (Por culpa de una “deformación profesional” me han venido a la cabeza algunos reparos, pero sería ridículo decirlos. No es justo que en esta succulenta olla podrida caiga el menor mosquito.)

ANTONIO ALATORRE
El Colegio de México

JAVIER GARCÍA GIBERT, *Cervantes y la melancolía. Ensayos sobre el tono y la actitud cervantinos*. Edicions Alfons el Magnànim, Generalitat Valenciana, 1997; 297 pp.

Aniversarios aparte (el cuarto siglo correspondió a Cervantes hace dos años), cuya inercia dura aún, hay un síndrome colectivo que se podría denominar “tentación cervantina”: Centro de Estudios Cervantinos, *Anuario del Instituto Cervantes*, Cervantes para los que gustan viajar con sus computadoras o en discos compactos, más la gigantesca bibliografía (1343 pp.) de Jaime A. Fernández que recoge sólo temas sobre el *Quijote*. A esto se debe añadir la tentación individual, que se manifiesta tanto en repetidas ediciones de sus obras cuanto en descubrir algo no dicho sobre ellas o su autor. Por lo demás, este último decenio se saturó de estudios sobre la melancolía en general; no es extraño entonces que algo de eso toque a Cervantes.

Afirma García Gibert —y le sobra razón— que críticos y épocas tienen su visión particular del autor, algo que se ha llamado el “punto de vista” —quizá mejor el punto de predilección— orientado por entornos culturales o prejuicios que a veces condicionan la lectura. En este caso, la intención de encontrar “lo específicamente cervantino”,

que permitió la transmisión de su obra sin retaceos durante cuatro siglos es, cuando menos, problemática. De las tres piezas que componen el libro (“Entre triste y alegre”, “Cervantes y la melancolía”, “La actitud impertinente”), la primera, que corresponde al “tono”, es casi previsible, porque sin mucho análisis, quien ha leído a Cervantes sabe que lo cómico no es del todo, como no es del todo la tristeza, y que la idea común que sobre él predominaba en su época, la del “escritor alegre”, es una forma, aunque sin segundas intenciones, de trivializar su obra. Revisando las opiniones de Cervantes, concluye García G. que su “humorismo” es consecuencia de ciertas “fuerzas contextuales y vitales, y de una concreta y personal visión del mundo y de la literatura, que se plasmaron de varias formas, pero con idéntico sentido y percepción, a lo largo de su obra”, es decir lo triste y alegre.

Una cuenta rápida de lo que se halla en bibliografías muestra que se han escrito alrededor de doscientos cincuenta artículos sobre “El curioso impertinente”; mucho, sin duda. Aunque el tema no da para estudio grande, da para diversos breves sobre su fuentes, la psicología de Anselmo, el honor, ubicación del relato en la primera parte del *Quijote*, su conexión con otras narraciones intercaladas u otras novelas, su estilo...; cada estudio será —querrá ser— original y estar un paso adelante del que le precede o convertir en prescindibles los que siguen. En las reflexiones de García G., orientadas más al psicoanálisis que a la literatura, el curioso se condena por exceso de confianza en sí mismo y por su inquisición, producto de “insaciable avidez mental”, con la que busca no tanto la verdad cuanto la que imagina, que lo conduce al final trágico obligado; historia ejemplar, ejemplo, a su vez, opina el autor, del orden ético cervantino.

García G. describe este ensayo —con mucho el más extenso de la trilogía— como “examen minucioso, desde todas sus vertientes”. A “minucioso” se añade “centrífugo” en la presentación de la solapa. Los dos adjetivos caben, porque es minucia destinar cinco páginas a resumir (bien, pero innecesariamente) el argumento y estirar las especulaciones hasta el “pudiera ser”, que no “es” en la novelita (sólo dos ejemplos: el simbolismo de los nombres, Anselmo, Camila, Lotario, o la posibilidad de que el último estuviera “ya secreta e inconscientemente enamorado de Camila”). Lo de “centrífugo” corresponde, porque a causa de las alusiones y autores que García G. trae como casos o testimonios en ocasiones el texto se dispara.

¿Cuánto más sobre la melancolía de Cervantes? “Otra tentación”, se piensa comenzando la lectura del capítulo y recorriendo la iconografía que lo ilustra. García G. tarda en llegar al punto que anuncia el título, porque se detiene en explicar la melancolía según la describían tratados diversos, incluidos los de medicina, y la expresaban poetas, pintores, escultores. Luego de esto, ¿hasta dónde hay que inquirir en la melancolía cervantina? La descripción de la melancolía

según Huarte de San Juan sirve a García G. para concluir que —a pesar de las coincidencias entre lo que encuentra en el *Examen de ingenios* y la actitud del hidalgo— no es su intención “afirmar que la trayectoria y personalidad de Don Quijote fue modelada por Cervantes a la manera de un loco de manual”; no obstante, lo que procura demostrar es que se trata de “un relato de la melancolía, concebido desde la melancolía y dirigido a los melancólicos”.

Opina el autor que “la trayectoria vital de Cervantes” le permite, sin caer en abusos de interpretación, ver en el *Quijote* una “sublimación literaria —en buena medida *terapéutica*— de sus ilusiones y desengaños como hombre, como soldado, como escritor y como español”. Creo como él que ése no es abuso de interpretación, pero el resto se extiende por demasiadas páginas, abundancia de testimonios y alusiones (Kant, Miguel Ángel, Kristeva, Freud, Homero, Aristóteles, Paz, Lukacs, Moisés, el Apocalipsis, Sor Juana, Celestina, Amadís, Garcilaso, al mitología griega, Rodin...), para concluir algo que está bien puesto en cuatro líneas: la melancolía de Cervantes no es la común —mejilla en la mano y mirada ausente—, sino una viva, enfermedad del espíritu, pero no enfermiza.

Terminada la lectura, se concluye que lo “específicamente cervantino” está por descubrir, prescindiendo de que la obra de Cervantes necesite escudriñarse para eso. Con todo, no es un libro pesado; salvo pocos neologismos y los demasiados adjetivos, la prosa no es oscura, se lee sin tropiezos; sin duda podría aprovecharlo alguien que no está ya saturado de los temas que trata.

MARTHA ELENA VENIER

El Colegio de México

TERESA J. KIRSCHNER, *Técnicas de representación en Lope de Vega*. Tamesis, London, 1998; 154 pp. (*Monografías*, 171).

Desde hace algunos años cobra más fuerza entre los estudiosos especializados en teatro la idea —que a pesar de su palmaria evidencia durante mucho tiempo no se siguió en los estudios críticos— de que el teatro es una manifestación literaria hecha para ser representada y no leída. Entre los estudiosos que destacan en esta posición crítica se encuentra Teresa Kirschner quien se ha acercado al estudio del teatro con agudeza desde esta perspectiva que para ella surge, como idea motriz, de la distinción conceptual entre “relatar” y “representar”. Este trabajo es una reunión de materiales dispersos publicados a lo largo de la última década; además de revisar sus propuestas y facili-